

de Rousselot se desarrolla en el plano de la economía real de la revelación, a diferencia de la teología manualística precedente, la cual se detenía prolijamente en la cuestión de la posibilidad de la revelación. Otra originalidad del teólogo francés es su concepción de la inteligencia como actividad simultáneamente sintética y perceptora, la cual permite al hombre leer los signos de credibilidad *viendo* en ellos el fulgor de la verdad divina revelada.

En las críticas a Rousselot pueden apreciarse dos aspectos que quizás en su día no fueron suficientemente realizados: Rousselot propone una teoría teológica acerca de la credibilidad; simultáneamente pretende apoyarla en la autoridad de S. Tomás de Aquino. Ahora bien, sus críticos se centran principalmente en una cuestión meramente histórica, y al respecto Rousselot difícilmente puede defender que su tesis sobre la credibilidad es genuinamente tomista. En este punto —ciertamente de menor interés— la polémica en cuestión puede considerarse cerrada. Pero queda aún otro aspecto: la teoría teológica de Rousselot, aunque no sea tomista, ¿es sostenible razonablemente? Es decir, ¿es sólida y a la vez coherente con la fe católica? A este respecto cabe afirmar sin reservas que Rousselot era un teólogo católico que propuso una teoría de la credibilidad sólida; la cual además presentaba cierta continuidad con algunas de las grandes líneas del pensamiento del Doctor Común. Lo que parece más endeble en su propuesta es la afirmación de que *siempre* es necesaria la gracia actual para cualquier aproximación del hombre a la fe. Dicha afirmación sólo podría ser explicada en un contexto más amplio que el de la polémica en cuestión, ceñida al acto de fe. La presencia de la gracia en la vida del hombre es ciertamente ubicua, pero también misteriosa; en cuanto la gracia es fruto de la libertad divina difícilmente puede llegar

el teólogo a utilizar respecto a ella juicios universales y necesarios, regidos por el adverbio *siempre*.

Quizá hubiera sido conveniente publicar también en este volumen todos los artículos de Rousselot sobre el acto de fe, sobre todo *Remarques sur l'histoire de la notion de la foi naturelle* (1913). En cualquier caso, la reedición de estos escritos de Rousselot es sin duda alguna oportuna para reavivar la construcción de una teología de la fe, tan descuidada en los últimos decenios.

J. M. Otero

Albert W. J. HARPER, *The Theodicy of Suffering*, Mellen Research University Press, San Francisco 1990, V + 103 pp., 15 x 23.

Uno de los grandes interrogantes se presenta a la conciencia de los hombres es la existencia del mal, el dolor, el sufrimiento. El problema del mal ha golpeado en la puerta de todas las religiones, los sistemas filosóficos e incluso de todas las personas. Este problema se puede plantear principalmente de dos formas: como problema teórico o como problema existencial. En cuanto problema teórico la existencia del mal se presenta como un desafío para la afirmación de que Dios es omnipotente y bueno. El teísmo occidental, al menos desde San Agustín, ha elaborado diversas teodiceas o intentos de responder a este problema teórico. El aspecto existencial del problema hace referencia a la experiencia subjetiva del mal, es decir, a la presencia del dolor y el sufrimiento en las personas. No se trata tanto de una cuestión teórica como de la sensación de que hay algo que no funciona, de que, ante la presencia del dolor, la vida de la persona carece de sentido.

Albert Harper intenta ofrecer en este libro una respuesta al problema exis-

tencial del mal, una «teodicea» del sufrimiento humano. Este intento, que en principio podría parecer loable, se torna inasumible en cuanto se advierte que la elección de Harper —atender exclusivamente al problema existencial— es debida a que sostiene que el problema teórico ni existe ni podría ser resuelto. ¿No parece extraña esta posición? ¿no es cierto que la presencia del mal parece desafiar la afirmación de que Dios es bueno? La salida de Harper es una especie de fuga hacia adelante: no hay problema teórico porque no sabemos si Dios es bueno ni si es omnipotente y, si lo fuera, su bondad y poder no serían de ningún modo análogas con la bondad o poder de los seres humanos. El autor acude a algunos argumentos de la teología negativa para reafirmar esta posición: no podemos afirmar ningún atributo de Dios; por esto «no es Dios quien necesita una teodicea sino el hombre». Desde estos presupuestos no puede extrañar que Harper considere sectaria toda afirmación sobre Dios y dedique un capítulo entero a combatir la visión cristiana del dolor (enfrentándose a la exposición del teólogo protestante K. Surin). En el fondo el autor no puede admitir el cristianismo porque no admite la encarnación, el hecho de que el Absoluto se pueda manifestar en la concreción de la humanidad de Jesús de Nazaret.

Estas posiciones previas con las que Harper se acerca al problema del mal restan mucho valor a todo lo que dice a lo largo de la obra. Ciertamente el autor ofrece algunas reflexiones en la línea de los estoicos acerca de la importancia del sufrimiento para desarrollarnos como seres humanos y de que siempre cabe la esperanza de que cambien las cosas, pero todo esto suena a palabras huecas cuando se advierte que en el trasfondo subyace una concepción agnóstica de Dios, que niega cualquier posibilidad de hablar de Él. En resumidas cuentas, estamos an-

te un intento fallido de dar una respuesta a un problema que merecería ser tratado con mayor atención y cuidado.

F. Conesa

**Gijsbert VAN DEN BRINK**, *Almighty God. A Study of the Doctrine of Divine Omnipotence*, Kok Pharos, Kampen 1993, XII + 316 pp., 16 x 24.

La llamada «teología filosófica» —disciplina paralela en el mundo anglosajón a nuestra teología natural— está dedicando grandes esfuerzos a reflexionar en temas de gran calado. Una de estas cuestiones es la de los atributos divinos, cuyo tratamiento se ve enriquecido por la aplicación del análisis lógico y conceptual que caracteriza a la tradición anglosajona. Gispert van den Brink, profesor de filosofía de la religión en la Facultad de Teología de Groningen (Holanda), ha prestado especial atención al debate en torno a la doctrina de la omnipotencia divina y presenta en este volumen, que recoge su tesis doctoral, un análisis de este concepto.

Los dos primeros capítulos de la obra sirven de introducción al núcleo de la contribución del autor, que se contiene en el tercer y cuarto capítulos. Tras ocuparse de la metodología (capítulo 1) y de la historia del problema (capítulo 2), el autor se detiene en el análisis del concepto de «omnipotencia». Para ello estudia primero el concepto de poder y, a continuación, el de «omnipotencia» mostrando las principales dificultades que desde la filosofía se han presentado a dicho concepto: la llamada paradoja de la omnipotencia, el problema de omnipotencia y libertad humana y el problema del mal. El estudio de estas cuestiones y de las soluciones que la filosofía analítica de la religión ha ofrecido a las mismas es profundo y cuidadoso. Sin embargo,